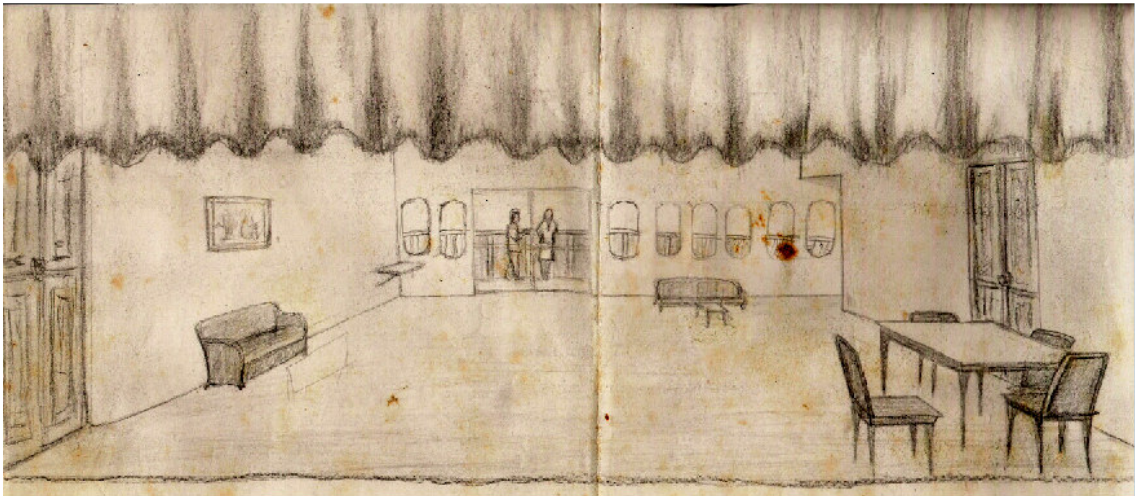


EXTRAÑO PASAJERO

Sala lujosa de “Cabín-Class” a bordo del buque DIMIFRAU. En el foro, una puerta de cristal que se abre sobre la cubierta y deja ver al fondo la barandilla, de la que cuelga un salvavidas que tiene escrito el nombre del buque. A la altura de la mitad de la puerta, hacia arriba, y a lo largo del foro, se ven varios ojos de buey en forma de óvalo que, junto con la puerta, dejan distinguir un horizonte de cielo azul. A la derecha, a continuación del foro, se abre un pasillo que conduce a los camarotes. En el mismo lateral, hay una puerta que da al comedor. En el lateral izquierdo, otra puerta que comunica con la cafetería y seguidamente una pequeña biblioteca que descansa sobre otro mueble. En la sala, varias mesas, butacas y tresillos. En uno de los laterales un piano. En suma, un amplio y comfortable salón como corresponde a la primera clase de un trasatlántico.



(Dibujo conservado desde 1968, fecha en que se finalizó la obra.)

PERSONAJES (por orden de aparición):

JAIME
ANDRES
SEÑOR DE NEGRO (DOCTOR LAFUENTE)
SENADOR
LUCIA
HEBERT
MIXTER FOX
ARTHUR
MILA
OFICIAL

PRIMER ACTO

ESCENA I

Se alza el telón y en escena solamente está Jaime, camarero de vistoso uniforme, que se encuentra disponiendo los ceniceros sobre las mesas. Fuera reina un tiempo espléndido. En el foro, por cubierta, aparece Andrés que viene acariciando la barandilla con su mano derecha, mientras extravía la mirada en el horizonte. A la altura de la puerta se para y permanece mirando al mar. Seguidamente entra por la izquierda una joven pareja que cruza la cubierta comentando algo alegremente.

Andrés se vuelve, como contemplando a la chica que luce una bonita minifalda, la cual tiende a juntarse con su larga melena, y es entonces cuando ve a Jaime, al que hace un gesto como diciendo "no está mal", y empujando la puerta de cristal entra.

ANDRES.- Buenos días Jaime. ¿Cabin-Class" aún duerme?

JAIME.- Hola Andrés. Sí aquí todavía hasta las nueve, reina calma absoluta.

ANDRES.- Pues abajo ya hace rato que los pasillos están intransitables. Hoy han abierto la piscina y ya hay gente bañándose.

JAIME.- Aquello es muy distinto a esto. Aquí, a los "grandes señores", se les lleva el desayuno a sus camarotes y luego no tienen apuro en levantarse. Hoy les serviremos el aperitivo en la terraza de la piscina.

ANDRES.- Y... ¿Qué tal? ¿Prefieres estar aquí o abajo?

JAIME.- ¡En "Clase Turística" toda la vida, hombre! Estos son..., no sé cómo decirte....

ANDRES.- Yo sí. No son de nuestro mundo, el mundo de hoy, el mundo por el que luchan los pueblos. Estos son el reducto de una sociedad caduca, que no tendrá razón de ser en los años venideros. (Jaime hace un gesto afirmativo.) ¿Ves este buque, la travesía que estamos haciendo...? Pues bien, hace años otro buque similar hacía la misma travesía, pero con tres clases: primera, segunda y tercera. Hoy, sin embargo, solamente existen dos, y una de ellas a punto de extinguirse. ¿Comprendes?

JAIME.- Creo que sí. (Por el pasillo aparece el "Señor de Negro", que atraviesa la escena entrando en la cafetería. Jaime cambia de un giro a la conversación. A mí me gusta más esta ruta que la del Sur. Nada más pasar el Ecuador notas que las estaciones son más estaciones. En el Norte el invierno es más invierno y la primavera más primavera...

ANDRES.- ¿Quién es?

JAIME.- No sé. Uno de ellos. Aún no he tenido tiempo de conocerlos.

ANDRES.- Así que te gustan los temporales.

JAIME.- No exactamente los temporales. Pero, a veces cuando las olas azotan el casco, el

ruido que hacen me transporta a los acantilados de mi tierra.

ANDRES.- ¿Eres del Norte?

JAIME.- Sí. De un pueblecito a orillas del Cantábrico.

ANDRES.- ¿Cuánto tiempo hace que andas embarcado?

JAIME.- Cinco años. (Pensativo). Cinco años que no estoy allí. Me parece mentira. (Volviendo a la realidad.) Pero bueno, deseaba conocer mundo, y lo conocí; deseaba tratar gente y la traté. (Pequeña pausa, nostálgico) Y sin embargo ahora, con unas ganas locas de regresar.

ANDRES.- Es lógico, después de tanto tiempo.

JAIME.- Lo es. Y más comprendiendo lo que significa todo aquello que me rodeaba, el verdadero valor que tiene, cuando apenas se lo daba. ¡Para qué quería yo conocer mundo, si estaba rodeado de las más grandes maravillas! (Soñador.) El arrullo del mar que me dormía y me despertaba día a día. Los mil colores del agua al estrellarse contra las rocas en las puestas de sol. La canción de las olas en los días de tormenta. El sosiego profundo del mar en calma, con un intenso horizonte azul, donde aparecía una barca de pescadores en la tarde de un sábado. La mañana que me envolvía con su aliento matinal cuando salía a pastar el ganado. Las pumaradas ofreciéndome su delicado perfume de paraíso. El picacho de aquella ladera coronado por una nube que semejaba al anillo de Saturno. El paisaje entero que me hablaba.... (Pausa.) Y la gente.... (Con remordimiento.) “¡Quería conocer gente!” (Pausa. Entre entusiasmo y añoranza.) Sin embargo allí tenía al tío Antón que me reñía todas las mañanas porque mi perro le pisaba el huerto. A todos los vecinos que me decían:

-¡Hola Jaime!

-¿Ya llevaste el ganado al prado?

-Hoy tu perro parece más juguetón que otros días.

-¿Te has puesto el traje nuevo para que te vea Alicia...?

-¿No has ido con tu padre en la barca?

-He visto que te has divertido mucho en la romería.

-Bien muchacho. Has sido el mejor en los remos este año.

(Junto a uno de los ojos de buey se queda parado, pensativo. Extravía su mirada en el horizonte. Después de unos segundos se vuelve.)

Y Alicia... Alicia que esperaba todas las tardes en la fuente a que yo fuese abreviar las reses para luego ir juntos hasta el pueblo. (Pequeña pausa.) Mi madre cuando me escribe me dice que todos tienen muchas ganas de verme, que todo el mundo le pregunta por mí. ¿Comprendes?! ¡Todo el mundo! Porque todos somos uno: el labrador, el comerciante, el pescador, el médico... Todos nos

conocemos, todos sabemos de los problemas de uno y de otro y los hacemos nuestros. (Pausa. Apercibiéndose del detenimiento con que le escuchaba Andrés.) Te ruego me perdones. No sé por qué te cuento todo esto.

ANDRES.- No, no, si me gusta oírte. Has sacado tu vena de poeta y en unos segundos me has hecho presentes muchos recuerdos... (Pausa.) Recuerdos bellos, de un mundo distinto a este en que vivimos... pero este también tiene su belleza, lo que ocurre es que hay que hacer que aflore...

JAME.- ¿Aflore?

ANDRES.- Sí hombre, sacarla, hacer que prevalezca, porque este mundo de prisas, de injusticias, de opresión, en el que nadie se ocupe de nadie, también tiene esa belleza, esa poesía que tú acabas de relatar, pero encerrada, que se hará presente tan pronto como cada ciudadano, cada hombre... comprenda que sus semejantes, el que viaja con él en el autobús, el que camina a su lado por la calle, el del piso de enfrente, el que le lleva el periódico, el subordinado, el superior, los que le atienden en sus necesidades, aquellos a los que él atiende, todos, todos en general, son iguales a él; ese día, el mundo de la ciudad, el del campo, el vivir en sí, será realmente maravilloso.

JAIME.- ¿Tú crees que puede lograrse eso?

ANDRES.-Desde luego que sí.

JAIME.-Yo no. No digo que en los pueblos pequeños, en las aldeas, porque al final nadie tiene más que nade. Pero en la ciudad, no. Como te puedes imaginar..., no va un rico a comer peor si puede comer mejor; ni a dejar de estudiar a sus hijos, si puede hacerlo, ni a tener menos comodidades, si puede tener más; aquí mismo tienes un ejemplo, no van a viajar ahí abajo, en medio de todo el mundo, más apretados, con menos comodidades, si pueden hacerlo aquí más cómodamente y con todos los servicios.

ANDRES.-Servidumbre, querrás decir. (Jaime hace un gesto dándole la razón.) Porque hay mucha diferencia entre ser tratado como "ser igual" que desempeña un trabajo, a un "criado" que cayó en la necesidad de serlo para obtener el sustento.

JAIME.-Empiezo a pensar que en eso llevas mucha razón.

ANDRES.- En esto y en lo que te he dicho anteriormente, porque al decir "igualdad" me refiero también a unos medios o posición equitativa con relación a los demás.

JAIME.- (Sintiendo que alguien acerca.) Creo que viene alguien.

ANDRES.-Entonces será mejor que cambiemos de tema. ¿Lo dejamos para otro momento?

JAIME.-Sí.

(Por el pasillo entra el Senador. Ve a Andrés y se dirige solamente a él.)

SENADOR.- ¡Mi querido amigo Andrés!

ANDRES.- Buenos días Senador.

SENADOR.- ¿Dispuesto a seguir esa discusión que dejamos en nuestra conversación de ayer?

ANDRES.- Como usted quiera. Aunque ya sabe que no está en mi ánimo el discutir, sino mas bien el de cambiar impresiones.

SENADOR.- Algo imposible entre dos rivales ideológicos, amigo mío. Pero es lo normal entre dos personas, una de edad como yo y otra joven como tú. En mi juventud también yo estaba henchido de ideas revolucionarias. ¿Me acompañas a la terraza? (Sale.)

ANDRES.- (Acompañándole.) Como usted quiera. (Se vuelve.) Hasta luego Jaime.

(Jaime le despide con un gesto de doble significado y queda sólo únicamente unos segundos, porque instantes después entran Hebert y Lucía.)

JAIME.- (Acercándose a ellos antes de salir.) ¿Los señores desean algo aquí ó pasan a la terraza?

HEBERT.-No, gracias. Saldremos ahora.

(Jaime hace mutis por la puerta de la cafetería.)

LUCIA.- Hebert...

HEBERT.- ¿Qué?

LUCIA.- ¿Te acuerdas si le hemos escrito a Mirem desde Rio?

HEBERT.- ¿Desde Rio? No, no lo recuerdo. Lo único que recuerdo es que por primera vez en nuestra luna de miel fue en Rio donde hemos estado completamente solos, tú y yo.

LUCIA.- ¡Ah, pero si no le hemos escrito ni a Mirem, ni a tía Paula...!

HEBERT.- Ni a mamá... Justamente por eso hemos estado solos, sin que ninguna de ellas se nos metiera por medio. Y desde ahora en adelante continuaremos el viaje así. (Se acerca a ella y la abraza.) Uno junto al otro. (Empiezan a caminar en dirección a la puerta de la cafetería.) Con nuestras dos únicas sombras sin que las de ellas nos acompañen. (Parándose.) ¿Me prometes que no volverás a mencionarlas hasta que toquemos el primer puerto?

LUCIA.- (Con una leve sonrisa.) Prometido. (Hebert la besa.)

(Arthur aparece por cubierta y entra en la sala dirigiéndose hacia el pasillo apresurado.)

ARTHUR.-Que hay...

LUCIA.- Hola Arthur.

HEBERT.- ¡Caramba que madrugador estás!

ARTHUR.- ¿Habéis visto a mi tío?

LUCIA.- No. ¿Estuviste en la terraza?

ARTHUR.- Sí, pero no hay casi nadie.

LUCIA.- Aún no se habrá levantado.

HEBEIT.-Os veremos allí entonces.

(Hebert y Lucía salen por la puerta del lateral izquierdo. Arthur va a iniciar el mutis por el pasillo, pero en esos momentos entra míster Fox. A Arthur le coge de sorpresa su aparición y queda como paralizado. El por el contrario se dirige hacia el centro de la escena, como si no le hubiese visto, y luego se vuelve.)

MISTER FOX.- ¿Dónde has estado?

ARTHUR.- Me levanté temprano para dar una vuelta por cubierta. Ahora ya amanece mucho antes.

MISTER FOX.- ¿Y anoche? ¿Y anteanoche? (Arthur guarda silencio.) No quisiera reñirte Arthur, pero no está bien lo que estás haciendo.

ARTHUR.- Yo.....

MISTER FOX.- No lo hemos hecho nunca, jamás hemos discutido, ¿por qué lo tememos que hacer ahora? (Breve pausa.) Piensa que aquello podría volver otra vez....

ARTHUR.- ¡No!

MISTER FOX.- No es una amenaza, bien lo sabes. Solo recordarte a lo que podría conducirte esa torpe aventura.

ARTHUR.-Está bien.

MISTER FOX.- Anda, ve a cambiarte. Te esperaré fuera.

(Arthur desaparece por el pasillo y míster Fox se dirige hacia cubierta. Sale y se acerca a la barandilla. Se ha levantado algo de brisa. Instantes después aparece en cubierta Mila. Es una chica joven. Busca a alguien. A lo largo del foro va dirigiendo su mirada hacia el interior de la sala. Míster Fox, que la estuvo observando, se dirige finalmente a ella. Parece preguntarle algo y ella responde afirmativamente. Luego entablan una pequeña conversación, llevada en su mayor parte por míster Fox. Fuera empieza a verse el crecimiento de la brisa y en la escena empieza a sentirse cada vez con mayor fuerza

el rumor del mar que va en aumento con el grado en que lo va la conversación de míster Fox y Mila.

Míster Fox parece estar diciéndole algo muy desagradable, puesto que su rostro cambia y cobra una expresión a punto de estallar en llanto. Finalmente, no pudiendo aguantar más, Mila da media vuelta y abandona precipitada la escena, habiendo llegado también al máximo el rumor del mar en escena. Las luces se apagan a continuación.)

ESCENA II

(Vuelven a encenderse las luces y aparece la misma escena anterior. En ella están el Senador y Andrés.)

SENADOR.- ¿Tu viaje a Europa, a qué se debe?

ANDRES.- Voy a una conferencia internacional.

SENADOR.- ¿Representando a Uruguay?

ANDRES.- No. En representación del Comité Revolucionario de las Juventudes Latinoamericanas.

SENADOR.- Juventudes revolucionarias... No comprendo por qué ese empeño por una revolución. La máxima aspiración de todo pueblo es la Democracia, y en Uruguay la tenemos, gracias a Dios.

ANDRES.- Pobre Dios... ¡De cuanto se le responsabiliza! Gracias a los yanquis, diría yo. Lo que tenemos es una democracia impuesta, una democracia que divide a los pueblos en partidos y luego enfrenta a esos partidos, una democracia que no pretende sino entretener a las masas con promesas para las próximas elecciones. Lo que nosotros pretendemos es muy distinto. Nuestra empresa es la empresa de todos, la de todo el pueblo....

SENADOR.- Esa misma empresa se puede llevar a cabo por otros cauces y permíteme que siga insistiendo, por los electorales. En las elecciones el pueblo tiene absoluta libertad para elegir este o aquel plan de gobierno, si se equivoca es él el equivocado, él lo ha querido.

ANDRES.-No, no, no. No estoy de acuerdo. El que a un pueblo se le deje escoger entre éste, aquél o el otro partido, eso no es libertad.

SENADOR.- ¿Ah, no?

ANDRES.-No, porque los partidos no miran sino su propio interés, su subsistencia, combatiendo para ello, si es preciso, al partido contrario. Y un partido es pueblo, ¿no?

SENADOR.- Lógicamente, un partido está integrado por un sector de pueblo.

ANDRES.- Entonces lo que hacen es combatir un sector de su propio pueblo. ¿Y para qué? Para que prevalezcan sus intereses, pero los intereses de los que encabezan o representan a ese sector. (Breve pausa.) Hay un ejemplo que, en este caso, vendría como anillo al dedo para definir en verdad lo que es un partido capitalista.

SENADOR.- ¿Capitalista? ¿A qué partido te refieres?

ANDRES.- A los dos.

SENADOR.- Y por qué a los dos y no a los tres, ¿ó es que la Alianza de Izquierdas nos es también un partido?

ANDRES.- Si, es un partido, pero un partido del pueblo.

SENADOR.- Te contradices, porque antes admitías que un partido está conformado por parte del pueblo, y por tanto la suma de todos los partidos es pueblo. ¿No?

ANDRES.- Pues no, por lo que ya dije antes, por eso las juventudes latinoamericanas defendemos la revolución...

SENADOR.- ¿Cómo la de Castro?

ANDRES.- Efectivamente, como la de Castro, una revolución contra el capitalismo y por el bien del pueblo, de todo el pueblo, donde la enseñanza, la sanidad y el capital no sean propiedad de unos pocos, sino de todos en general.

SENADOR.- Ah, muy interesante tu argumentación. Un reparto igualitario.

ANDRES.- Por supuesto. ¿Usted cree en justicia lógico que dos personas, pongamos de la misma edad, venidos al mundo de igual manera, desnudos y sin nada, en un mismo país, una vez son adultos una lo tengo todo y la otra nada?

SENADOR.- Pues sí, porque ni todo el mundo tiene las mismas capacidades ni el mismo espíritu de lucha, de trabajo, de sacrificio.

ANDRES.- Eso, y porque no tengas la misma capacidad intelectual, ¡a morirte de hambre y a explotarte! Fíjese lo que le digo: (Señalándole casi amenazante con el índice.) Es imposible que partiendo de un mismo punto, el de nacimiento, una persona pueda convertirse en dueña de unos astilleros, de una empresa siderometalúrgica, de miles de hectáreas, mientras la otra solo lo logra de una barca de pesca, de un taller o de tres o cuatro hectáreas de tierra. Lo que ocurre es que la primera ó roba y explota, o las dos cosas a la vez, o le viene todo de cuna, siendo por tanto sus antepasados los que hicieron lo mismo; y eso es completamente injusto, porque unos pocos se han apoderado del trabajo, del esfuerzo, del sacrificio de cientos, de miles de personas.

SENADOR.- Hablas como un verdadero...

ANDRES.- Mejor no darle ningún nombre, porque a veces los nombres, si no se sabe su significado a fondo, dan lugar a opiniones erróneas. Y yo no hago sino defender un

principio humano, que es la igualdad de un hombre ante cualquier otro.

(Acaba de entrar Hebert por el pasillo y se acerca a ellos.)

HEBERT.- No hay duda. A ustedes no se les puede oír hablar de otra cosa que no sea política.

SENADOR.- Es lo normal, sobre todo cuando se trata de un rival duro como nuestro amigo. (Breve pausa.) ¿Qué, ya estamos preparados para hacer esa visita a la sala de máquinas?

HEBERT.- Ya es la hora. No creo que tarde el Oficial. ¿Han visto a mi esposa?

SENADOR.- No.

HEBERT.- Llegará tarde, como siempre.

SENADOR.- Es mujer.

ANDRES.- (Con intención de irse.) Yo les dejo....

SENADOR.- ¿Por qué no nos acompañas? Veremos una de las salas de máquinas más modernas de nuestros días.

ANDRES.- Debe ser interesante, pues hará un buen contraste con el resto de buque. (Por cubierta aparece Lucía.)

HEBERT.- Vaya, menos mal. Ya está ahí.

(Entra Lucía e inmediatamente se ve aparecer e un joven que da la impresión de que la viene siguiendo.)

LUCIA.- ¿Os hice esperar mucho?

HEBERT.- No.

(Lucía se vuelve y encuentra su mirada con la del joven, quien al verse descubierto hace mutis por la parte derecha.)

HEBERT.- ¿Quién es?

LUCIA.- Un admirador, que como yo disfruta paseando por cubierta, mientras que tú te pasas encerrado aquí todo el día.

HEBERT.- Oye, oye...

LUCIA.- ¿No me dirás que estás celoso?

HEBERT.- ¡Claro que sí! (Se ríen los dos y se abrazan.)

(De la cafetería entran míster Fox y su sobrino: Arthur va directamente al piano y hace sonar algunas notas.)

MISTER FOX.- ¿Aún no ha venido el Oficial?

SENADOR.- Lo estamos esperando.

MISTER FOX.- Es inadmisibile la poca puntualidad que tienen.

LUCIA.- ¿Es cierta la fama de puntualidad de los ingleses, míster Fox?

MISTER FOX.-Ciertamente es merecida.

ANDRES.- Salvo en algunos casos en que el reloj se les retrasó, como por ejemplo en la Guayana ó en Gibraltar...

MISTER FOX.- A mi entender ese sería un punto para discutir en otro momento y con más calma.

ANDRES.-Desgraciadamente eso es lo que se viene haciendo ya desde hace muchos años.

(Entra el Oficial y les invita a pasar por donde él acaba de llegar.)

OFICIAL.- Señores, cuando ustedes gusten.

SENADOR.- (A míster Fox y Andrés.) Sugiero un aplazamiento en las negociaciones y nos vamos, ¿qué les parece?

ANDRES.- (Amable.) Gracias por la invitación, Senador, yo me vuelvo a mi “clase”, continuaremos el debate.

(Empiezan a salir. Míster Fox se acerca a Arthur que continúa sentado ante el piano.)

MISTER FOX.- ¿Nos acompañas?

ARTHUR.- Me quedaré aquí. He bajado el otro día solo.

MISTER FOX.- (Dejando caer sus dedos sobre las teclas hace sonar unas notas.) Mozart...

(Sale. Arthur queda solo y continúa aquellas notas correspondientes a una sinfonía de Mozart. La música va llenando la escena cada vez con mayor intensidad, hasta que termina su interpretación entre frenético y abrumado dejando caer las manos sobre las teclas en un último sonido desacompasado y apoyando al mismo tiempo el rostro sobre el piano.)

Mila aparece por cubierta. Mira hacia el interior y le ve. Luego hace dos o tres

miradas un tanto recelosas y se decide a entrar. Arthur continua apoyado sobre el piano.)

MILA.- Arthur...

ARTHUR.- (Se vuelve sobresaltado, y al verla va hacia ella muy emocionado. La abraza con todas sus fuerzas.) Mila... Mila... (La atrae hacia si con más fuerza aún y repite su nombre entre sollozos.) Mila..., te quiero.

MILA.- (Se separan.) Arthur ¿qué ocurre? Dímelo, por favor.

ARTHUR.- (Se aleja de ella yendo casi hasta uno de los extremos de la escena. Sin mirarla y costándole mucho decir la frase entera.) ¿Te..., te hablé?

MILA.- Sí. Me dijo que no volviera a verte más, que tú no serías nunca para mí.

ARTHUR.- (Cortándole y casi gritando.) ¡No sigas!

MILA.- (Sorprendida.) Pero... ¿qué te pasa?

ARTHUR.- Nada, nada. Perdóname. Es que no quiero que me repitas sus palabras. (Acercándose a ella y mirándole a los ojos.) Mila, yo te quiero y no dejaré nunca de quererte.

MILA.- Lo sé y te creo. Pero me preocupa esa oposición de tu tío...

ARTHUR.- (Gritando y alejándose de ella.) ¡No lo menciones! (Pausa y silencio entre los dos.) Mila, no volvamos hablar más de él, por favor.

MILA.- Si lo deseas así...

ARTHUR.- (Furioso.) ¡Si...! (Breve pausa.) Perdóname una vez más. (Pausa.) Mila, se que debería darte una explicación, pero hemos sido tan felices durante estos días, que te ruego no me la pidas hasta el final del viaje. Luego, si de verdad me quieres, nada cambiará entre nosotros dos.

MILA.- ¿Es una prueba lo que me pones, desde ahora basta entonces?

ARTHUR.- Bien sabes que no, pues lo único que pretendo es prolongar el encanto de este viaje, aunque nos tengamos que ver menos o de diferente manera que hasta ahora. Pero al mismo tiempo también podrá servirte de recapitación sobre lo nuestro.

MILA.- Para lo último no ha hace falta, estoy completamente segura.

ARTHUR.- Hay veces en que creemos estar completamente seguros y sin embargo al vernos enfrentados a los demás, a la vida, dudamos de todo.

MILA.- Yo no.

ARTHUR.- (Con resentimiento.) Yo sí, ¿Te das cuenta? ¡Yo sí! Por eso necesito estar

completamente seguro de ti. Mila, necesito tu amor, lo necesito.

MILA.- (Se acerca a él y lo abraza. Luego le besa con ternura en los labios.) Te quiero Arthur, te quiero...

ARTHUR.- (La atrae fuertemente hacia sí y luego se aleja. Se acerca al foro y mira, hacia el mar. Luego se vuelve. Habla muy pausadamente, dándole gran plasticidad al párrafo.) Aquella mañana había llovido y la calle estaba llena de charcos. En ellos se veían girones de nubes que se iban descorriendo para dejar reflejados retazos de un intenso cielo azul plomizo. Sus dos siluetas se reflejaban en los mismos con aquel fondo incomparable de cielo y nubes. Así, a lo largo de toda la calle. Eran dos niños. (Breve pausa.) Pronto dejaron las últimas casas del barrio y llegaron al muelle. Por el malecón empezaron a caminar casi hasta punta, donde se sentaron. Allí la brisa azotaba con más fuerza. Las olas al estrellarse rociaban con sus diminutas gotas las piernas de ambos que pendían por el muro. Al rumor del mar se unía el graznido de las gaviotas que revoloteaban sobre sus cabezas. De repente él la miro y se acercaron más el uno al otro. Entrelazaron las manos y las piernas y, al mismo ritmo, empezaron a alejarlas y acercarlas del muro en forma de péndulo. En sus rostros infantiles se dibujó una sonrisa. El la hizo en el rostro pueril de un niño casi hombre y ella la dibujó con la infinidad de pecas de niña revoltosa que parecían pinceladas por un rebelde mechón que le caía sin cesar sobre el rostro. Los ojos de ambos se comunicaron el color, siendo el comienzo de una promesa que sellaron con dos palabras: -¿Amigos? -Para siempre. (Pausa.) Pero pronto aquella promesa empezó a ser algo más que palabras. Algo de muy adentro les unía ya. Los senos de ella, hasta entonces inexistentes, empezaron a dar su primer fruto. El la amaba. Ella le correspondía. Una nueva promesa "para siempre", ahora sellada por un primer beso, fue el pacto de aquel amor que nacía en los dos. (Pausa. Se sienta y enciende un cigarrillo.) La vida de ambos transcurría en los ambientes más bajos de la ciudad. Allí donde el honor, el pudor, el amor y hasta la vida tiene un precio: prostitución, robos, asesinatos, engaños, maldad, falsedad y odio no eran el mejor cuadro de aquel amor puro que enmarcaban las jóvenes edades de aquellas dos criaturas. Sin embargo aquel era su mundo. (Pausa. Se levanta ausente, con una furia que va en aumento según va hablando.) Una tarde la fui a buscar. Era la primera vez que iríamos al cine juntos, porque también era aquel el primer dinero que yo ganaba como cantidad algo importante. Lo gané yendo en una lancha hasta una motora y sacando un paquete para unos señores que luego me dieron una buena recompensa por ello. Me cambié de ropa y acorté aquella distancia que me separaba de su casa..., no sé, creo que fui casi volando. Llegué a su escalera y... cuando, cuando me disponía a subir.... (Gritando.) ¡Aquello era espantoso! ¡Allí, allí estaba ella sentada en uno de los peldaños..., con los pechos casi al aire, llorando, llorando como una desconsolada! No se atrevió a mirarme. (Pausa. Se sienta.) Solo contaba con trece años y su madre ya le había puesto un precio. (Levantándose.) Desde entonces aquel joven nunca volvió a creer en... en el amor.

MILA.- (Emocionada, casi llorando. Se levanta y se arroja sobre Arthur abrazándolo fuertemente.) Para siempre Arthur, para siempre...

(En cubierta se ve de repente al Señor de Negro. Va a entrar pero se para. Se apagan las luces.)

ESCENA III

(La misma escena anterior. Es de noche. La cubierta está iluminada por una difusa luz. Tras ella un cielo claro de noche ecuatorial.

En las distintas mesas se apiñan botellas de champan, licores y vasos. Arthur está al fondo, con un vaso en la mano, contemplando el horizonte a través de uno de los ojos de buey.

Se oye el rumor de la gente de Clase Turística que se divierte. De vez en cuando destacan canciones a coro y risas.

Arthur apura en veces sucesivas el contenido del vaso y lo vuelve a llenar.

No tarda en abrirse la puerta del lateral derecho y aparecen los demás. Vienen riéndose y charlando. El Senador fuma un gran habano. Entre ellos entra el Señor de Negro, quien parece pasar desapercibido ante todos. Se acerca a una mesa y se sirve, permaneciendo en uno u otro sitio sin inmiscuirse de principio en las conversaciones de ellos, aunque los escucha con detenimiento.)

SENADOR.-...había sido aquella nuestra fiesta de reconciliación. Cuando se fueron todos los invitados cayó en mis brazos llorando de felicidad. Yo le ofrecí mi pañuelo y fue entonces cuando vio que estaba manchado de un carmín que no era el suyo, creyó que la engañaba y decidimos pasarnos otra temporada separados.

LUCIA.- -¿Y no era cierto lo del carmín?

SENADOR.- (Riendo.) Claro que no. No eran sino unas manchas de sangre, me había cortado al afeitarme. Pero ella se quedó con el pañuelo y cuando se dé cuenta me pedirá que la perdone y que vuelva a su lado. (Confidencial a Hebert.) Esa es la ventaja de tener una mujer celosa, uno puede tirarse unas canitas al aire con el consentimiento de ella.

HEBERT.- (Riendo.) Lo malo es que la mía no lo es.

LUCIA.- (Suspica.) Pero tú si lo eres y ándate con cuidado.

HEBERT.- (Intentando cogerla.) Pero yo no te dejaré escapar... (No lo logra y se ríen todos menos el Señor de Negro, que está en cualquier parte, y Arthur que sigue absorto mirando hacia el exterior.) Bueno ¿qué vamos a tomar? Aunque creo que será mejor que cada uno se sirva lo que le apetezca.

LUCIA.- (Habiendo llegado, en su intento de escapar, hasta cerca de Arthur.) ¿Pero qué haces aquí solo, aislado de los demás? (Arthur echa un sorbo con intención de contestar, pero entonces se acerca míster Fox.)

MIXTER FOX.- ¿No oyes? ¿Y por qué estás bebiendo de esa manera?

ARTHUR.- Escuchaba...

MIXTER FOX.- ¿El qué?

LUCIA.- (Poniendo actitud de escuchar.) Si, es cierto, se oyen canciones y mucho barullo de gente.

HEBERT.- (Acercándose.) Son los de clase turística.

LUCIA.- ¿Y qué celebrarán?

SENADOR.- Supongo que lo mismo que nosotros, el paso del Ecuador.

LUCIA.- ¿Qué significará para esa pobre gente el paso del Ecuador? La mayor parte son emigrantes que hoy vuelven repatriados a su país, sin esperanza.

SEÑOR DE NEGRO.- (Interviniendo en la conversación sin que a nadie le parezca extraño.) No exactamente, pues aunque posiblemente todos ellos han dejado una vida deplorable, de miseria, de angustia, de sufrimientos, para emprender otra semejante que ellos no se imaginan, pero nosotros sí sabemos que será igual de mísera, hoy están felices porque su sueño se ha realizado en parte, están en la mitad del viaje que tanto han deseado, y esa es su esperanza, llegar a su tierra.

HEBERT.- En realidad son como nosotros, pasajeros de un gran trasatlántico en cumplimiento de un sueño.

SEÑOR DE NEGRO.- El de ellos está claro, regresar a su tierra, y son felices hoy, así lo están manifestado con sus bailes y con su música, pero nosotros... ¿cuál es nuestro sueño? ¿Verdaderamente somos hoy felices porque se está realizando nuestro sueño? (Todos enmudecen y se miran suspicaces, la algarabía de Clase Turística invade su espacio.) Propongo un juego para celebrar esta noche. Ellos lo hacen con folclore y jolgorio, cantando, bailando... No es nuestro estilo. Yo les propongo el juego de la verdad, les aseguro que será mucho más interesante.

SENADOR.- ¿No pretenderá que nos pongamos a jugar...?

SEÑOR DE NEGRO.- No, no. Si no se trata de jugar, sino de hacer una especie de charla..., de confesión. Resultará divertida.

ARTHUR.- Yo me voy a dormir.

SEÑOR DE NEGRO.- Debemos estar todos.

LUCIA.- Quédate, nos divertiremos.

SEÑOR DE NEGRO.- ¿No te interesa saber si Cabin-Class es feliz en la fiesta del Ecuador? ¿Si en realidad es cada uno lo que ha deseado ser?

MIXTER FOX.- Es absurdo este juego. Todos sabemos quiénes somos. Es más, al contrario que esa gente, quienes seremos después de desembarcar.

SEÑOR DE NEGRO.- Tanto mejor. Entonces no debemos temer a la verdad. Sentémonos.

LUCIA.- (Llamando a Hebert a su lado.) Siéntate Hebert.

(Se acomodan todos. Arthur permanece de pié apoyado en una de las butacas.)

SEÑOR DE NEGRO.- Yo dirigiré las preguntas. La primera es la siguiente: (Mirando a Arthur.) ¿Eres en realidad quien has deseado ser y te sientes feliz en esta fiesta? (Dirigiéndose al Senador.) De izquierda a derecha.

SENADOR.- (Sin pensarlo.) Sí.

LUCIA.- (Pensándolo unos instantes.) Sí.

HEBERT.- (Sin pensarlo.) Sí.

MISXTER FOX.- (Sin pensarlo.) Sí.

ARTHUR.- (Después de unos segundos.) Sí.

SEÑOR DE NEGRO.- Yo sí. (Levantándose.) ¡Estupendo! Todos somos quienes deseábamos ser. (Los mira pausadamente uno por uno.) ¿No es así? (En los rostros de ellos se ve una expresión afirmativa.) Ahora, la segunda pregunta: ¿Somos en apariencia quien en realidad somos? Es decir, esa persona por quien pasamos y la de nuestro deseo, ¿es la misma? (Cambios de expresiones e intercambio de miradas.)

HEBERT.- ¡Qué tontería! Claro que sí. Los pasaportes lo afirman.

SEÑOR DE NEGRO.- Los pasaportes... ¿Hay alguien que desee... añadir algo?

SENADOR.- ¿Pretende acaso hacernos cambiar nuestra identidad? (Pausa. Observa a los demás.) Ya ve, todos somos los mismos, los que éramos.

MIXTER FOX.- Esto no ha tenido ninguna gracia.

SEÑOR DE NEGRO.- Sí el juego no ha terminado, más bien está empezando. (Pausa. Los mira nuevamente uno por uno mientras se mueve por escena. Silencio expectante.) Supongamos que yo sea el Diablo, ¿pondrían su alma en juego ante la verdad?

LUCIA.- ¿Por qué ese empeño en buscar otra verdad? ¿No basta con nuestra palabra?

SEÑOR DE NEGRO.- ¡Contesten! ¿La pondrían en juego?

ARTHUR.- Sí.

MIXTER FOX.- ¡Arthur!

SEÑOR DE NEGRO.- Vaya, ya hay uno.

ARTHUR.- No, todos.

(Los demás, como saliendo de la situación...)

MISTER FOX.- Apoyo a mi sobrino.

SENADOR.- Desde luego que sí.

LUCIA.- Por qué no, ¿verdad Hebert?

HEBERT.- Sí, sí, claro. Después de todo no es más que un juego.

SEÑOR DE NEGRO.- (Seco.) Sus almas contra su verdad. (Intentando ayudarles.) Es su última oportunidad. ¿Alguien desea rectificar su afirmación?

(Silencio. Arthur va hablar pero su tío le corta con una mirada. Finalmente se decide.)

ARTHUR.- Nuestra respuesta ya está dada. (Gesto de alivio en su tío y de afirmación en los demás.)

SEÑOR DE NEGRO.- (Da un grito extraño de alegría.) ¡Jaáíiaaaaa...! (Mirándoles fijamente.) ¡Lo sabía, sabía que esa sería la respuesta! (Volviendo a un tono normal.) Bien, ahora quiero que sepan mi verdad, la verdad de mi juego. (Solemne.) Yo soy el Diablo. (Estupor en todos.) No, no se asusten. No pretendo sino... asegurarme sus almas.

SENADOR.- (Salvando la situación.) Sigamos admitiendo el juego. ¿Y por qué las nuestras?

SEÑOR DE NEGRO.- Porque las de esos pobres emigrantes no me interesan. Son gentes sencillas, sin complicaciones que se conforman con lo que son, manteniendo firme su esperanza, mientras ustedes ya tienen asegurado lo que serán. Y a mí me gusta que el juego tenga emoción; ustedes son distintos, están movidos por mi virtud favorita ¡El egoísmo!

MIXTER FOX.- ¿En que se apoya para hacer tal afirmación?

SEÑOR DE NEGRO.- Eso lo demostrará la segunda parte de mi juego. (Pausa.) Quiero que sepan que no solamente he hecho este viaje para ganarme sus almas, no, no. Es que yo también necesitaba descansar... ¡hoy quedan tan pocos barcos con clases! (Pequeña pausa.) Verán, todo empezó hace unos días, cuando apenas habíamos zarpado. El barco salió completo de puerto y allí quedaban infinidad de emigrantes que no se les habían cumplido sus deseos, pero que se resignaron a esperar al próximo buque. De ellos poco podía esperar. Sin embargo había tres, ¡tres!, que no se conformaban con su suerte y ante sus deseos incumplidos soñaron, soñaron despiertos lo que pudiera haber sido su viaje, mejor dicho lo que deseaban que fuese su viaje. ¿Llegarían a llevar a cabo su

sueño si se viesen envueltos en la realidad del mismo? ¿No se arrepentirían en el último momento? El único medio de saberlo era envolverles en esa realidad. Por tal motivo, y al ver el egoísmo común que los unía a ustedes, me decidí ayudarles. De este modo no perderé el tiempo del todo.

LUCIA.- ¿Llama a eso ayudarles?

SEÑOR DE NEGRO.- Ayudarles a perder sus almas. Es mi oficio. Por otra parte cuando el hombre se pone a soñar, se simplifica mi trabajo, el egoísmo lo domina. Solo resta entonces un empujoncito a la realidad y ¡zas!, la lucha está entablada.

HEBERT.- ¿No nos dirá que los ha trasladado a bordo así por arte de magia?

SEÑOR DE NEGRO.- No. Mucho más sencillo, me he valido de la suerte. A ellos les cupo en suerte que sus papeles se arreglaran y que se trasladasen en tren al siguiente puerto, a donde llegaron primero que nosotros. Luego embarcaron normalmente.

ARTHUR.- ¿Y, qué piensa hacer con ellos?

SEÑOR DE NEGRO.- Yo nada. Ahora solo esperar a que se desarrollen los hechos. (Breve pausa.) Ya les he dicho que he venido a descansar.

LUCIA.- ¿Cuáles serán esos hechos?

SEÑOR DE NEGRO.- Ah, sí. Se me olvidaba. (Breve pausa.) Solo puedo contarles sus sueños. Lo demás es algo que ellos pueden elegir libremente, pues no hay nadie, ni yo mismo, que pueda infringir la decisión del hombre.

MIXTER FOX.- Esto es ya demasiado. ¿A dónde vamos ir a parar? Dejémonos de farsa.

SEÑOR DE NEGRO.- ¿Farsa? No míster Fox. Ahora no. Antes ha tenido usted la oportunidad de elegir entre la verdad o lo que llama farsa. (Enérgico.) Tenemos que seguirla. Ella nos llevará a la verdad. (Unos segundos de silencio.)

Empezaré por el primero. Es un joven. Su sueño consiste en que regresa en el mismo barco en que viaja un importante político. Una noche el buque se pone en peligro de naufragio y ante la alarma general, el desorden y el terror, dicho político va a ser asesinado. Él lo ve e intercede salvándole la vida. Por ello el político le recompensa con una gran suma, con la cual el muchacho llegará rico a su pueblo, móvil principal de su acción (Breve pausa. El Senador cambia de expresión; intenta decir algo pero guarda silencio.)

El segundo, es el de una joven que sueña enamorar a uno de los pasajeros de "Cabin-Class", al heredero de un millonario. Pero surge un obstáculo, la oposición a esa relación por parte de su tío. Y en su sueño se vale también del mismo naufragio, pues siendo una gran nadadora, le salva la vida al opositor y de ese modo se gana su afecto y su heredero. ¿Qué mayor éxito podrá sacar de la emigración?

Como ven, en sus sueños, a los dos les mueve lo mismo, el egoísmo.

ARTHUR.- ¡Eso es una infamia!

SEÑOR DE NEGRO.- ¿El qué? (Arthur guarda silencio.) ¿Puedo ser digno de crédito ahora?

HEBERT.- ¿No... no pensaré que... que nos vamos a creer toda esta sarta de invenciones?

MIXTER FOX.- Esto ya llegó más allá de todos los límites. ¡Es ridículo creer que usted pueda ser el Diablo, que el Senador intente ser asesinado o que el buque se vaya a pique!

SEÑOR DE NEGRO.- No pido sino que me escuchen. Lo demás lo verán ustedes dentro de muy poco tiempo. (Después de un corto silencio.)

El sueño del último emigrante es similar a los otros dos, pues se vale asimismo del naufragio para no volver con los bolsillos vacíos. El barco se va a pique y viendo que los primeros en subir a los botes son los de Cabin-Class, se decide a inspeccionar los camarotes por si se les había olvidado algo..., y en medio de esa búsqueda llega a un camarote cerrado y escucha que alguien desde dentro golpea la puerta y pide socorro. Lo duda un instante, pero tratándose de alguien de Primera Clase sin duda le aportará mayor beneficio el ayudar que el seguir revisando camarotes vacíos, y la aporrea hasta abrirla. Dentro hay una joven que llora desesperadamente porque su marido la encerró y se marchó, pese a que están de luna de miel. Y efectivamente le promete una buena recompensa si le ayudaba a salvarse. El joven enseguida comprende que ha cambiado su suerte, pues en ninguno de los camarotes había logrado encontrar nada, así que la pone a salvo en un bote neumático que encuentra en el camarote de uno de los oficiales, que en ese momento está ocupado en el zafarrancho de salvamento.

Como ven, el egoísmo común de los tres los acerca a mí, así que no podía dejarlos para otro viaje.

(Se hace silencio absoluto. Les empieza a dominar el suspense, casi el miedo. Algo muy poderoso bulle ya en el interior de cada uno. El Señor de Negro se fue acercando a la entrada del pasillo.)

SEÑOR DE NEGRO.- Ahora... llegó el momento de mi empujón. Buena suerte. (Desaparece.)

(La parte derecha del foro se oscurece y las lucen hacen destacar más los rostros de los personajes. En todos predomina un gesto de terror. En el momento de efectuarse el cambio de luces, el Señor de Negro desaparece e instantáneamente suena la alarma a bordo.)

LUCIA.- (Estallando en llanto y abrazándose a su marido.) ¡Hebert....! (Pero de inmediato lo aleja de sí aterrada.)

(El murmullo y los gritos que vienen de cubierta van en aumento.)

MIXTER FOX.- Ahora más que nunca debemos mantener la serenidad. Arthur, no te

apartes de mi lado.

ARTHUR.- (Le mira con odio y sale gritando.) ¡Mila! ¡Mila...! (Desaparece por cubierta.)

MIXTER FOX.- (Siguiéndolo.) ¡Arthur, no te vayas, no me dejes...!

SENADOR.- (Con miedo.) ¡Por favor, no se vayan, no me dejan aquí solo! ¡Socorro! ¡Auxilio!

(Hebert y Lucía y Lucia mientras el Senador se mueve como si hubiese perdido el juicio por escena, salen por el pasillo. Instantes después aparece un desconocido en cubierta. Se para ante la puerta de cristal que había quedado abierta y sacando un revolver apunta al Senador como si le fuera a disparar.)

SENADOR.- ¡No...! ¡No...! ¡No...!

(En esos momentos una segunda persona hace su aparición en cubierta y se abalanza sobre él. Caen al suelo y luchan. Se apagan las luces y cae el telón.)

Fin del Primer Acto

Esta obra consta de un Segundo Acto y tres escenas. Si estás interesado en su lectura la puedes pedir por e-mail y la recibirás por correo gratis.

guadi@historiasdelabuelo.es

©GRL (No se autoriza la reproducción ni la representación sin el permiso correspondiente)